

Capítulo VIII

FOUCAULT Y LAS FEMINISTAS

Julia Varela Fernández

Universidad Complutense de Madrid

Mi intervención se va a centrar fundamentalmente en las posibilidades que abre el método genealógico -tal y como ha sido desarrollado por Michel Foucault- a la comprensión de los problemas relativos a las mujeres y sus luchas. Por esto trataré de poner en relación los análisis foucaultianos con algunos trabajos realizados desde una perspectiva "feminista". Para ello, en una primera parte, me detendré en señalar, algunas de las características más relevantes del método genealógico, para poder pasar a examinar posteriormente las aportaciones de esta metodología a las investigaciones que tratan de los problemas de las mujeres. De hecho la sociología histórica viene siendo utilizada con éxito, desde hace ya algunos años, en el estudio específico de ámbitos difíciles de abordar desde otras perspectivas de análisis. En este sentido los planteamientos genealógicos han servido también para poner de relieve la debilidad de toda una serie de ideas recibidas y de discursos ritualizados, que aceptados como verdades, se han perpetuado de un modo acrítico convirtiéndose en obstáculos epistemológicos que impiden avanzar en el conocimiento de las formas específicas de poder y de dominación y, entre ellas, las que se ejercen sobre las mujeres. En una tercera y última parte expondré algunas críticas planteadas por algunas feministas a determinados aspectos de la obra foucaultiana y, por último, para terminar, propondré, a partir de la genealogía, algunas advertencias epistemológicas y metodológicas que quizás puedan servir de ayuda en futuras investigaciones.

PRIMERA PARTE

LA SUBJETIVIDAD, LA GENEALOGÍA Y LA HISTORIA

Entre los rasgos más definatorios de la genealogía podrían, a mi juicio, subrayarse los siguientes:

a) Es una metodología puesta a punto por los sociólogos clásicos (principalmente por K. Marx, Max Weber y Emile Durkheim, pero también por W. Sombart y F. Nietzsche) que se sirve de la historia para proyectar luz sobre las cuestiones candentes del presente. Este recorrido por la historia permite tanto adoptar una cierta distancia con el problema que se quiere estudiar como redescubrir las luchas y la memoria de los enfrentamientos que han tenido y tienen lugar en el campo social. La genealogía articula pues las luchas y la memoria, permite un acoplamiento entre el saber erudito y los saberes locales posibilitando la formación de un saber histórico de las luchas y su utilización en las tácticas actuales de resistencia. La genealogía exige, en consecuencia, un trabajo empírico, paciente y minucioso, obliga a prestar atención a los detalles, y al mismo tiempo comprender los procesos en el interior de las estrategias en las que se despliegan y que les sirven de cobertura.

b) Es un método procesual en un doble sentido. Por una parte, estudia procesos de larga duración con el fin de captar las continuidades y los cambios, las regularidades y la singularidad de las innovaciones, en suma, la lógica interna de los procesos sociales, comprender a qué intereses responden la formación, el desarrollo y las transformaciones de un determinado campo o institución favoreciendo así la comprensión de su significado y sus funciones. Por otra, al centrarse en un campo específico, desentraña la dinámica del mismo, es decir, las interacciones que existen entre el nivel estructural y lo que podría denominarse el micro-nivel, sin olvidar los procesos intermedios, las mediaciones existentes entre ambos ámbitos a las que se les confiere una especial importancia. El genealogista no admite, como punto de partida, determinismos en el análisis de los procesos, no privilegia causalidades lineales, ni siquiera en última instancia. Se trata, por tanto, de un método multicausal que se diferencia así de otras líneas de trabajo unilaterales como ocurre con frecuencia con los análisis históricos de quienes se reclaman partidarios tanto del marxismo, como del idealismo o del positivismo. Dicho de otro modo, lejos de partir de ideas y esquemas preconcebidos, "el genealogista" examina sobre el terreno cuales son los factores que tienen más peso a la hora de dar cuenta de determinados procesos sociales e indaga cómo estos factores se articulan entre sí. Pero además, la

genealogía parte del análisis de las interacciones que existen entre poderes y saberes específicos. Y para dar cuenta de estas imbricaciones rompe, tanto en el análisis del poder como en el análisis del saber, con otros modelos ya existentes. Abre por tanto la vía a una nueva teoría del poder que supone un desplazamiento tanto respecto a una visión jurídica (las formas de legitimación), como a una visión estatista (el poder centrado exclusivamente en el Estado y sus aparatos). Una transformación similar se opera respecto al saber al no aceptar ni la tajante división establecida entre ideología y ciencia, ni el postulado del sujeto transcendental como fuente del conocimiento, ni tampoco una autonomía absoluta del llamado campo científico. Con el fin de operar estos desplazamientos en relación con las ideas recibidas fue preciso construir toda una serie de conceptos nuevos, de herramientas, de útiles de trabajo adecuados para afirmar la materialidad de los discursos y de sus efectos. Señalaré más adelante las implicaciones que se derivan de estas transformaciones.

c) Es un método, en fin, que permite poner en conexión las tácticas de poder y los regímenes de saber con la construcción social de determinadas formas de subjetividad. En este sentido Foucault prolonga los hermosos análisis de Max Weber y de la Escuela de Frankfurt, y también trabajos de otros sociólogos clásicos para quienes uno de los rasgos fundamentales de la modernidad lo constituye el proceso de individualización¹. El propio Foucault afirmaba explícitamente que toda su obra

¹Sus análisis conectan, en este sentido, con otros surgidos en las últimas décadas que confieren al creciente proceso de individualización una especial relevancia al considerarlo una de las características fundamentales de las sociedades post-industriales. Sociólogos clásicos como Marx, Weber y Durkheim habían mostrado ya la importancia de dicho proceso que, según ellos, comenzó a configurarse en el siglo XVI para cobrar posteriormente cada vez mayor fuerza. Nos interesa especialmente, en relación con Foucault, la posición de Weber para quien la disciplina y el protestantismo ascético jugaron un papel capital en la constitución de la modernidad y del capitalismo. Weber, a diferencia de Marx que ligó el proceso de individualización al desarrollo de la división del trabajo y a los cambios acaecidos en el ámbito de la esfera económica, sostuvo la tesis de que para que fuese posible el despegue capitalista era necesaria además la formación de un tipo singular de sujetos, de un tipo de personalidad y de mentalidad propia de los capitalistas caracterizada por un tipo de "racionalidad" que acumula y reinvierte las ganancias en vez de utilizar las riquezas para su uso y disfrute. Tal tipo de personalidad se forja, para Weber, en los moldes del puritanismo ascético. Foucault dio un paso más en esta dirección al interesarse por la producción social de los productores, de los trabajadores, por los mecanismos que conducen a conformar sujetos dóciles y útiles, mecanismos indispensables para la acumulación de hombres, una forma de acumulación tan necesaria como la acumulación del capital para que haya podido triunfar la revolución industrial. Con su teoría del poder disciplinario Foucault trató, como veremos, de responder a estos problemas.

responde al deseo de comprender las relaciones que existen entre las diferentes formas de subjetividad, los juegos de verdad y las prácticas de poder. Es su interés por la subjetividad lo que lo conduce a interesarse, (especialmente a partir de la publicación de *El orden del discurso*), por las relaciones de poder. Y es que, como él mismo argumenta, las relaciones de producción ya habían sido analizadas, al menos en parte, por la historia y la economía, y las relaciones de sentido por la lingüística y la semiótica, pero las relaciones de poder seguían estando aprisionadas en modelos inadecuados, poco aptos para dar cuenta de los procesos reales. Era pues preciso desprenderse de todo un cúmulo de simplificaciones si de verdad se pretendía elaborar una nueva economía de las relaciones de poder a partir de la cual resultase posible comprender las diferentes formas de objetivación del sujeto o, lo que es lo mismo, qué tipo de sujetos y a través de qué mecanismos y estrategias se intentan conformar en cada período histórico.

En síntesis se puede afirmar que la mirada genealógica no es una mirada neutra, es una mirada interesada, crítica, intempestiva, que toma partido por quienes sufren los efectos de poderes y saberes específicos. Al adoptar el genealogista el punto de vista de los sometidos y dominados, intenta iluminar aquellas zonas oscuras que son más vitales para los intereses de los colectivos y los grupos que sufren el ejercicio del poder, y para ello asume sus saberes “bajos” y poco valorados, retoma las memorias de sus luchas, integra, en suma, en el análisis los saberes sometidos, oficialmente relegados y olvidados. No es extraño, por tanto, que gran parte de la fuerza de estos trabajos radique en ir mas allá de las evidencias para interesarse por los bajos fondos de la vida social. La genealogía es consecuentemente anti-normativa pero se rige a la vez por una voluntad de verdad, por una búsqueda de objetividad.

Con el fin de ilustrar estas características de la genealogía voy a referirme en primer lugar a *Vigilar y castigar*, obra en la que Foucault intenta investigar cómo se consolidan, especialmente a partir del siglo XVIII, “*las disciplinas*”, es decir, nuevas formas de poder destinadas a fabricar sujetos dóciles y útiles a la vez. El poder disciplinario se ejerce a través de todo un conjunto de técnicas cuyos efectos, aunque tienden a ocupar todo el cuerpo social, se hacen más visibles en ciertas instituciones (escuelas, hospitales, fábricas, cuarteles). Las técnicas disciplinarias no se caracterizan por ser exclusivamente represivas sino que son predominantemente productivas y normalizadoras. Su figura mayor es el examen². De ahí que Foucault

²Y cuando Foucault habla de examen no se refiere exclusivamente al examen en tanto que técnica de control y a la vez de extracción de saber que, gracias sobre todo a los jesuitas, se convirtió en

relacione *el poder pastoral*, y su dispositivo central, la confesión, con las nuevas técnicas de poder asumidas y reinterpretadas por el Estado contemporáneo. Como estamos viendo este autor rechaza la categoría de represión y se interesa por las tácticas de las que se sirven los distintos agentes de poder cuando convierten el cuerpo, la mente, el alma, en su principal objeto de atención. A Foucault le interesa especialmente este momento histórico ya que es entonces cuando se produce una transición en las formas de actuación del poder: frente al poder del Soberano, un poder omnímodo, espectacular, visible, dispendioso, que adopta fundamentalmente la forma de la ley, y que es predominantemente coactivo, negativo, propio de las Monarquías Absolutas del Antiguo Régimen, se va a pasar a un ejercicio del poder que resultará tanto más eficaz y económico cuanto más insidioso y menos visible sea. Nos estamos refiriendo al poder disciplinario, es decir, a un poder individualizante e individualizador, a un poder que hace posible la conformación de un tipo determinado de sujetos. A este tipo de poder se sumará también a finales del siglo XVIII *el biopoder*. El biopoder es una nueva modalidad de poder que, a diferencia de las disciplinas, no tiene tanto por objeto la producción de sujetos individuales cuanto la gestión de una multiplicidad de hombres. Se trata de un poder de carácter globalizante y totalizador que responde también a las exigencias de la economía política. Ambas formas de poder, las disciplinas y el biopoder, en tanto que instrumentos de regulación y gobierno de las conductas, se superponen en parte y se complementan. De hecho, el biopoder incorpora las técnicas disciplinarias, se apoya en ellas y las modifica en la medida en que su objetivo es lograr efectos colectivos. Frente al carácter individualizante de las disciplinas se dirige a la multiplicidad, a una masa global, dando lugar así a que la población se configure como problema político, científico, y biológico de primer orden. A partir de entonces la población, y no sólo los individuos, se convierten en el blanco de poderes y saberes específicos relacionados con la regulación de la población y la optimización de la vida.

Desde finales del siglo XVIII existen, por tanto, dos principales tecnologías de poder que se articulan entre sí, una disciplinaria, centrada en el adiestramiento

el siglo XVIII en una pieza clave para el funcionamiento de las instituciones educativas. Para Foucault el examen -dispositivo en el que se superponen las dos operaciones fundamentales en las que se basa el poder disciplinario: la vigilancia jerárquica y la sanción normalizadora- permite que el poder, en vez de hacer visible su fuerza al imponerse desde el exterior, se introduzca en los sujetos mediante un mecanismo de objetivación. De este modo el examen se convierte en el principal instrumento de actuación que permite generalizar al poder disciplinario no solo en las instituciones educativas, sino también en los hospitales (historiales), en los cuarteles y cárceles (fichas individuales), así como en otras instituciones y ámbitos de la vida social.

individual, y otra reguladora que tiende a buscar la seguridad de la población; ambas se incardinan en el cuerpo y utilizan predominantemente la norma y no la ley como modelo de actuación. Es en este marco en donde una sociedad de normalización encuentra sus posibilidades de nacimiento y desarrollo. Se entiende así que la individualización y la masificación se hayan convertido en las dos caras de un mismo proceso.

Foucault puso en interrelación, como ya hemos señalado, diferentes procesos sociales situados en distintos ámbitos. Y así, para comprender la transformación operada en la segunda mitad del siglo XVIII en el ejercicio del poder recurrirá a procesos de orden estructural: políticos (cambio en las formas de legitimidad), económicos (la producción y acumulación de riquezas exige la producción y acumulación de productores), jurídicos (surgen las nuevas teorías del derecho de castigar), demográficos (se establece una ecuación entre población y riqueza al pasar a considerar el trabajo como fuente del valor), higiénicos (la salud como arte de conservar a los pueblos), etc. El análisis de estas dimensiones es el marco necesario para establecer el mapa del funcionamiento del poder en su dimensión microfísica, para conocer cómo se incardina en los cuerpos, en las mentes, es decir, cómo afecta al sistema de pensamiento, de valores, a las conductas de los individuos y de la población en general. Para poner en conexión el nivel “micro” y el nivel “macro” elabora la teoría de las disciplinas y del bio-poder en tanto que instrumentos mediadores que ponen al descubierto las operaciones específicas del funcionamiento de poderes y saberes así como sus imbricaciones específicas según las épocas históricas. Las redes que se establecen entre saberes y poderes van a dar lugar, a partir de la modernidad, a diferentes formas de gobierno que están en la base de la gubernamentalización del Estado. Muestra así cómo algunos saberes, especialmente las ciencias humanas y sociales, desde su constitución en el siglo XIX, son en gran medida el producto de esas interacciones, es decir, son saberes que se nutren del ejercicio de poderes específicos y, más concretamente, del examen en tanto que procedimiento en el que saberes y poderes se refuerzan recíprocamente.

La genealogía se interesa por lo tanto por “racionalidades específicas” (en el sentido weberiano del término) y supone la interacción de la teoría y la práctica. Foucault afirmaba -frente alguno de sus detractores que lo acusaban de hablar de resistencias al poder para luego no tenerlas en cuenta- que las formas de resistencia están integradas en su propio modelo de análisis, ya que tanto para elegir los problemas a estudiar como para seguir los avatares de los distintos tipos de poder se basa en los esfuerzos, en las luchas que se oponen a ellos, y de este modo puede

observar como los poderes se repliegan y reconducen, a qué objetivos se aplican, de qué mecanismos se sirven.

En uno de los textos más directamente relacionado con lo que estamos tratando, titulado "*Por qué hay que estudiar el poder: la cuestión del sujeto*", trata precisamente de las resistencias que se oponen en la actualidad al gobierno por la individualización entre las que incluye las que se oponen al poder que los hombres ejercen sobre las mujeres.. Estas luchas, a su juicio, no tratan tanto de atacar a determinadas instituciones de poder (élites, clases, grupos) cuanto de oponerse a técnicas particulares del ejercicio del poder que se aplican a la vida cotidiana, clasifican a los sujetos en categorías, los convierten, en fin, en una determinada forma de ser sujetos. También son luchas que se oponen a determinados efectos de los privilegios del saber, a la mistificación de las representaciones que del mundo y de nosotros mismos tratan de imponernos los especialistas y los medios de comunicación. En suma, son resistencias contra las diversas formas de subjetividad y sumisión actualmente existentes. Por supuesto, Foucault era consciente de que las luchas contra la dominación étnica y cultural, las luchas contra la explotación económica, no habían desaparecido, y seguían siendo necesarias, pero pensaba que las luchas contra las formas de sometimiento cotidiano, las luchas contra la sumisión de la subjetividad eran más específicas de nuestro tiempo. Afirmaba que estas luchas no pueden ser estudiadas sin tener en cuenta sus relaciones con los mecanismos de dominación y de explotación, pero que tampoco pueden ser reducidas a ellos, ni ser consideradas su simple reflejo o efecto, ya que poseen características propias y mantienen relaciones complejas con dichos mecanismos que es preciso analizar.

¿Qué significa por tanto romper con una visión negativa del poder en el análisis de los mecanismos de sumisión?. Significa percibir que las técnicas de normalización no se oponen en general, aunque puedan hacerlo puntualmente a veces, a las necesidades y deseos individuales sino que, por el contrario, se incardinan en los individuos e implican la participación activa de los sujetos. Foucault afirma que el poder debe ser analizado como algo móvil que funciona y se ejerce a través de una organización reticular. En sus mallas "los individuos no sólo circulan sino que están puestos en la condición de sufrirlo y ejercerlo; nunca son el blanco inerte o cómplice del poder, son siempre sus elementos de recomposición". Y añade que cuando afirma esto no quiere decir sin embargo, que el poder esté uniformemente repartido entre los individuos, sino que es preciso partir de un análisis microfísico del poder, para ver cómo esos mecanismos han sido y son investidos, colonizados, transformados y utilizados por mecanismos cada vez más amplios y generales, por

tácticas y formas de dominación. De ahí que, por ejemplo, considere que partir de la dominación burguesa para explicar un determinado problema no conduce a ninguna parte, no explica nada, ya que de lo que se trata es de dar cuenta de cómo se ha llegado a dicha dominación y para ello es necesario realizar un análisis ascendente del poder. Esta perspectiva implica también desprenderse de una concepción del poder localizado en el Estado y sus aparatos y de una visión del poder político del Estado como un poder que ignora a los individuos. Significa, en fin, observar que los poderes ligados al Estado, no sólo se ocupan de los intereses de determinados grupos o élites, sino también de cada individuo en particular y a lo largo de toda su vida. Se consigue así establecer que, para poder actuar con eficacia, el poder necesita instrumentalizar el saber que los diversos especialistas han extraído del cuerpo individual y colectivo, los saberes que se han obtenido explorando las mentes, las almas y los secretos más recónditos de la conciencia de los individuos, los saberes relativos a las poblaciones, por lo que es preciso investigar y comprender las funciones que cumplen toda una serie de agentes, de especialistas del saber.

En consecuencia, el objetivo principal de las luchas contra la sumisión, consistiría, para Foucault, no tanto en descubrir sino en rechazar lo que somos: “Tenemos que imaginar y construir, escribe, lo que podríamos ser para desembarazarnos de esta especie de ‘doble imposición política’ consistente en la individualización y la totalización simultáneas de las estructuras del poder moderno”. En definitiva, es necesario “promover nuevas formas de subjetividad que se enfrenten y opongan al tipo de individualidad que nos ha sido impuesta durante siglos”³.

Como conclusión de esta primera parte se podría quizás afirmar que el método genealógico trata de encontrar un camino propio huyendo de dos determinismos hasta nuestros días muy presentes en el campo de las ciencias sociales: el determinismo estructural, ya sea este económico o ideológico, y el determinismo psicológico, el determinismo de un sujeto esencializado y totalmente autónomo conocido también como sujeto transcendental. Para operar esta ruptura, para abrir el análisis a nuevas categorías, es preciso centrarse en el estudio de las mediaciones, y conferir a lo social el peso especial que le corresponde.

³Vid. Foucault, M.: *Por qué hay que estudiar el poder: la cuestión del sujeto*, en: **MATERIALES DE SOCIOLOGÍA CRÍTICA**. La Piqueta, Madrid, 1986, p. 36.

SEGUNDA PARTE

LA INSURRECCIÓN DE LOS SABERES

Como he anunciado al principio pasaré a señalar en este apartado determinadas posibilidades que han abierto y siguen abriendo los trabajos de Foucault. Como él mismo ha señalado el trabajo intelectual tiene sentido en tanto que caja de herramientas que permite solucionar problemas. Operativizar sus análisis es el mejor modo de evitar que su obra pase a convertirse en una ortodoxia o en un dogma esterilizante. Voy a partir, por tanto, de la siguiente cuestión: ¿En qué medida los trabajos de Foucault han servido y pueden servir para ayudar a resolver algunos problemas presentes en los análisis “feministas”? No voy a establecer aquí una distinción tajante entre el feminismo de la diferencia, el de la igualdad, o el feminismo radical, ya que desde todos ellos, en mayor o menor medida, se han incorporado elementos del trabajo de Foucault y, a veces, la metodología misma. Pero para determinar las convergencias quizás sea pertinente avanzar paso a paso y establecer ciertas divisiones aunque a primera vista puedan resultar un tanto artificiosas. Y así, señalaré en un primer momento el impacto que ha tenido su teoría de las relaciones poder/saber, para pasar luego a examinar las consecuencias que se derivan de su teoría de las formas de subjetivación y de la necesidad de elaborar una nueva ética, aunque en realidad todas estas cuestiones estén relacionadas entre sí.

1.- Las relaciones poder/saber

En sus análisis del poder Foucault desplaza y deconstruye otras concepciones tradicionales con el fin de examinar cómo funcionan los poderes específicos de carácter local, cómo se incardinan en la vida cotidiana, cómo afectan al comportamiento, a lo que dicen y hacen los sujetos, cuales son las tecnologías y dispositivos de individualización y de regulación, en suma, de normalización, y cuales son las funciones que cumplen las ciencias humanas y sociales en el interior de estas tecnologías y dispositivos. En este sentido sus trabajos tuvieron un impacto muy amplio, que se sigue acrecentando con los años, en una parte del llamado movimiento feminista y que esquemáticamente podría tratar de circunscribir a los siguientes ámbitos:

- Sus trabajos contribuyeron, especialmente a partir de principios de los años ochenta, a que una serie de feministas, que no aceptaban las consecuencias que se derivaban de la aplicación de una metodología marxista ortodoxa a sus propios

objetos de estudio, encontrasen un punto de anclaje para repensar de otra forma los problemas con los que se estaban enfrentando. Y sirvieron así de punto de apoyo para muchas investigadoras que se vieron reforzadas en su oposición a seguir aceptando que las luchas de las mujeres eran secundarias por pertenecer supuestamente a un ámbito superestructural. Pero al mismo tiempo significaron también una clara llamada de atención respecto a determinados trabajos que habían establecido una relación un tanto mecánica y estereotipada entre capitalismo, patriarcado y opresión de las mujeres, trabajos que concebían el patriarcado como resultante de procesos económico-políticos unidireccionales, en los que tanto el capitalismo como el propio patriarcado aparecían como sistemas monolíticos y exclusivamente represivos. Foucault criticó la concepción del Estado como fuente originaria de las relaciones de poder y se negó a aceptar que el Estado encarnase exclusivamente la representación de determinados grupos económicos, por considerar que el Estado era más bien un efecto de condensación de tácticas de saberes y poderes específicos, la condensación institucional de las relaciones de fuerza que atraviesan el cuerpo social. Por eso se interesó especialmente, no tanto por el resultado, por las estructuras estáticas -y estatales en este caso-, cuanto por los procesos que condujeron a la formación del Estado contemporáneo.

- El estudio del funcionamiento “productivo” de poderes y saberes concretos en la vida cotidiana, y su anclaje en el cuerpo, abrió nuevos campos de investigación, y estimuló los trabajos de algunas feministas en la medida en que precisamente la vida cotidiana y el cuerpo han sido en Occidente espacios acondicionados y contruidos como “femeninos”, facilitando así su deconstrucción. Surgió en la década pasada un debate en torno a los análisis realizados por algunas feministas, especialmente francesas y norteamericanas, que reivindicaban una liberación de las mujeres, a través de de una recuperación positiva de sus funciones “innatas” de cuidado y crianza de los hijos, es decir, de las funciones de la maternidad y, en un sentido mas amplio, de las funciones domésticas. En este sentido puede resultar paradigmático el trabajo de Annie Leclerc quien considera que de este modo las mujeres pueden reapropiarse de sus cuerpos, liberarse de las formas de poder patriarcales, y aprender a valorarse a sí mismas lejos de las normas y patrones masculinos⁴. Los sesgos de este tipo de enfoque fueron ampliamente criticados al considerar que

4. Vid. A. Leclerc: *Parole de femme*, en: T. Moi (Ed.): *French Feminist Thought: A Reader*. Basil Blackwell, Oxford, 1987.

la noción de feminidad que les es inherente está basada en una imagen romántica de la maternidad, al mismo tiempo que la naturaliza y esencializa. Pero dicho sesgo podría también ampliarse a otros trabajos mas elaborados que intentan, como el de Luce Irigaray, oponerse a la lógica del patriarcado y a su construcción negativa de la feminidad y del cuerpo femenino a través de un control y de una estrategia de reutilización del discurso biológico en favor de las mujeres. Podría ampliarse, en fin, a todos aquellos trabajos que apuestan en favor de que “la mujer”, abandone el campo definido como “masculino”, el campo de lo público y de lo abstracto, y se dedique a sus labores en el terreno de lo privado, de lo concreto, de forma que no renuncie al trato con lo tangible.

Se podría afirmar, siguiendo las potencialidades del análisis genealógico, que las limitaciones de este tipo de propuestas proviene no solo de una falta de vigilancia epistemológica en los planteamientos y en el desarrollo del análisis, sino también de la ausencia de un enfoque comparativo -importante cuestión sobre la que volveremos mas tarde-, que impide un distanciamiento suficiente y hace que se confundan las propias posiciones e intereses con las bases de un programa de liberación universal, para todas las mujeres. Dicho de otro modo, algunas feministas pertenecientes a las clases medias ilustradas occidentales pueden proponer como modo de liberación dedicarse a lo concreto, en la medida en que para ellas esa es una opción entre otras, sin tener en cuenta que una gran mayoría de mujeres de las clases populares no han tenido otra opción en su vida que dedicarse a lo concreto. Para ellas semejante programa no tendría en absoluto el mismo sentido de liberación sino que constituiría mas bien el reforzamiento del *statu quo*.

Convendría quizás señalar que una determinada lectura de *Vigilar y castigar*, que seguía sirviéndose de los esquemas tradicionales de funcionamiento del poder, propició, en un primer momento, que determinadas feministas siguiesen subrayando los aspectos negativos y represivos de las tecnologías disciplinarias. Esto dio lugar a que en sus trabajos siguiesen manteniendo una concepción de las mujeres en general como seres oprimidos y reprimidos en todos los ámbitos de sus vidas, presentándolas como víctimas pasivas de poderes masculinos monolíticos.

- Pero no solamente el análisis específico, local, y comparativo de los procesos realizado por los trabajos genealógicos permitió ir mas allá de determinados planteamientos, demasiado simplistas y excesivamente generales, sino que además el especial estatuto que en los análisis foucaultianos se confirió a las resistencias y a los saberes sometidos se convirtió en un acicate para abordar trabajos más mati-

zados. Se vio así reforzada la tendencia de aquellas investigaciones destinadas a sacar a la luz, y valorar los saberes y las prácticas, históricamente localizadas, de las mujeres, así como a subrayar la importancia de sus funciones sociales y políticas.

- El análisis de las funciones normativas del poder disciplinario, abrió también nuevos campos de estudio destinados a desvelar las estrategias específicas de poderes y saberes que tuvieron y tienen como blanco privilegiado de actuación el comportamiento de las mujeres y su regulación normativa. Se iniciaron así no pocos trabajos de mujeres feministas -y también de algunos hombres- realizados desde una perspectiva genealógica y destinados a conocer las funciones que en relación con las mujeres jugaron y juegan la medicina, la psiquiatría, la pedagogía, y otros saberes, así como los agentes que los promueven y la lógica institucional en la que se inscriben.

- En el *phylum* abierto por la *Historia de la locura* surgieron, por último, toda una serie de investigaciones sobre las “mujeres malditas” tales como las prostitutas, las brujas y hechiceras, y otras mujeres marginadas y perseguidas. El estudio de estos territorios apareció como algo vital para comprender la construcción social de la moderna “feminidad” occidental. El enjambre de estas mujeres descalificadas constituyen la otra cara, la cara oculta, de la mujer ideal cristiana⁵.

2.- Las formas de subjetividad

Los análisis de Foucault se oponen a una concepción esencialista, biologicista y psicológica de los sujetos. Cuando se enfrentan a la tarea de dar cuenta de los procesos de construcción de las distintas formas de subjetividad, investigan los discursos y las prácticas históricamente específicas que forman el entramado en el que se conforman diferentes formas de ser sujetos. Concretamente en algunas de sus obras, como por ejemplo en la *Historia de la sexualidad*, se apuntan determinados procesos que contribuyeron en la modernidad a dar lugar a determinados tipos de subjetividad sexuada. Esta obra nos permite de nuevo comprender como se interre-

⁵Vid. por ejemplo, los trabajos realizados, en una perspectiva genealógica, sobre la prostitución por Linda Mahood: *The Magdalenes. Prostitution in the Nineteenth Century*. Routledge, Londres-Nueva York, 1990, y Judith R. Walkowitz: *Prostitution and Victorian Society. Women, Class, and the State*. Cambridge University Press, Cambridge, 1980.

lacionan poderes específicos, regímenes discursivos y formas de subjetividad, como surge el proyecto de una nueva ciencia del sujeto que se articula ahora en torno a la cuestión del sexo, cuales son las estrategias de poder inmanentes a esta voluntad de saber que inscriben el sexo en una economía específica de placer y, en fin, hacen posible la ficción de la liberación a través de la sexualidad en la medida en que se establece que es en el terreno del sexo en donde se esconden las verdades más secretas y profundas del individuo, en donde radican las raíces del yo (el psicoanálisis encuentra en estas creencias algunas de las condiciones de su enraizamiento cultural). Para dar cuenta de la lógica interna de estos ámbitos Foucault elabora la noción de “*dispositivo de sexualidad*” lo que le permite situar el análisis a otro nivel, en el terreno de los mecanismos positivos, inductores de discursos múltiples, de placeres y poderes específicos. Muestra así como la sexualidad y el cuerpo sexuado son investidos de determinadas propiedades e insertados en regímenes específicos de verdad a través conjuntamente de operaciones de poder y de conocimiento. El concepto de dispositivo de sexualidad le permite desprenderse de una representación negativa, exclusivamente represiva del poder, para adoptar la forma de un modelo estratégico que reenvía a las relaciones de fuerza, a las luchas y enfrentamientos incesantes que atraviesan el cuerpo social, relaciones que son inestables, locales y heterogéneas y que provocan constantemente resistencias. Estas relaciones de poder forman una red que atraviesa los aparatos y las instituciones, las estratificaciones sociales y los propios individuos. En el caso concreto del sexo, y de los discursos de verdad que giran en torno a él, se plantea qué tipos de discursos aparecen históricamente, sobre qué espacios concretos se focalizan (el cuerpo femenino, la precocidad infantil, la regulación de los nacimientos, la especificación de las perversiones), a qué relaciones de poder sirven de soporte, qué resistencias producen y, como en virtud de éstas, se van modificando, reforzando unas, debilitando otras, o invisitiéndose en otra parte, desplazándose, es decir, cómo se constituye “el dispositivo de sexualidad”.

No existe por tanto una estrategia global, única, que abarque a toda la sociedad y que regule de forma uniforme todas las manifestaciones del sexo, sino estrategias concretas que desarrollan a partir del siglo XVII dispositivos específicos de saber y de poder. Entre estas estrategias subraya las cuatro siguientes: la histerización del cuerpo de la mujeres (el cuerpo de las mujeres será analizado y designado como cuerpo saturado de sexualidad, cuerpo patologizado y estigmatizado a través de las prácticas médicas y psiquiátricas en tanto que sombra de una sexualidad femenina normalizada destinada a la producción y reproducción del espacio familiar); la pedagogización del sexo de los niños (a través, sobre todo, de la guerra a la

masturbación); la socialización de las conductas de procreación (a través de medidas políticas del control de las poblaciones, control de nacimientos, etc.); y en fin, la psiquiatrización del placer perverso (las clasificaciones de las patologías sexuales). Todas estas estrategias que atraviesan y se sirven del sexo de los niños, de las mujeres y de los hombres y que están interrelacionadas entre sí, no deben reducirse simplemente a un control y una normalización de la sexualidad ya que sus efectos se refieren a la producción de la sexualidad misma, de determinadas identidades sexuales que adquieren sentido unas en relación a otras.

El dispositivo de sexualidad funciona por tanto con técnicas polimorfas y coyunturales de poder, que suponen una extensión permanente de las formas y campos de control, permiten una nueva forma de penetración de los cuerpos y de regulación de las poblaciones, así como una estimulación de determinados placeres, a la vez que confieren al cuerpo una nueva valoración en tanto que objeto de saberes y anclaje de relaciones de poder específicas. Los agentes principales que intervienen en la formación del dispositivo de sexualidad son los médicos, los pedagogos, los psiquiatras, los psicólogos, los padres de familia cuyas intervenciones y saberes permiten la emergencia de nuevas figuras femeninas tales como la mujer nerviosa, la esposa frígida, la madre indiferente o sobreprotectora, el marido impotente o sádico, la joven histérica, el niño precoz, el joven homosexual, etc. Y es que en virtud de la confluencia entre el poder disciplinario y el biopoder el sexo se convierte en blanco político de primer orden. La valoración que entonces adquiere la sexualidad se debe a su posición estratégica, a que se sitúa precisamente en el espacio de entrecruzamiento existente entre el cuerpo individual y la población. De ahí la enorme importancia que adquirió en el siglo XIX la valoración médica. Fueron los especialistas médicos los que promovieron la concepción según la cual cuando la sexualidad es indisciplinada, irregular y disoluta se deriva al menos un doble efecto: por una parte, se producen efectos irreversibles sobre el cuerpo individual que es atacado por toda una serie de enfermedades, discapacidades y malformaciones; por otra, también se desencadenan grandes dolencias sobre las poblaciones y, más concretamente, *la degeneración*, la transmisión de taras a través de la herencia. Precisamente en nombre de este doble efecto la medicina cobrará una gran importancia y pasará a ejercer nuevos poderes y saberes a la vez disciplinarios y de regulación.

No hay por tanto que partir del sexo, afirma Foucault, como si se tratara de una instancia autónoma que produciría secundariamente los efectos múltiples de la sexualidad. El sexo es el elemento más especulativo, más idealizado y más íntimo

del dispositivo de sexualidad, organizado por el poder en su actuación sobre el cuerpo, sobre sus fuerzas, sus energías y placeres. A través del dispositivo de sexualidad el sexo se constituye no sólo en el lugar de acceso a la propia inteligibilidad, a la propia identidad, sino también en un objeto de deseo y de liberación. No se debe pensar, por tanto, que diciendo sí al sexo se dice no al poder, ya que, por el contrario, lo que se hace es seguir el curso del dispositivo general de sexualidad. Es preciso pues liberarse de la instancia del sexo si uno quiere utilizar contra el poder los cuerpos, los placeres, los saberes en su posibilidad de resistencia. Contra el dispositivo de sexualidad el punto de apoyo para el contraataque no es el sexo-deseo, sino los cuerpos y los placeres.. Buscar otra economía de los cuerpos y de los placeres implica luchar por liberarnos de ese absolutismo del sexo en el que nos ha introducido el dispositivo de sexualidad, liberarnos de esa inútil e interminable tarea de desvelar su secreto, liberarnos de la “liberación” a través del sexo y de la sexualidad.

La investigación genealógica se distancia por tanto de aquellos trabajos destinados a la búsqueda infructuosa de una supuesta identidad femenina, pretendidamente universal, esencializada, ahistórica o de una sexualidad natural, innata. En este sentido es interesante el caso de el/la hermafrodita Herculine Barbin o Alexina B, que permite a Foucault llegar a la conclusión de que a partir del siglo XVIII existe una tendencia que hace que las teorías biológicas sobre la sexualidad, las concepciones jurídicas sobre el individuo, las formas administrativas de control “hayan conducido paulatinamente a rechazar la idea de una mezcla de los dos sexos en un solo cuerpo (...) En adelante a cada uno un sexo y sólo uno. A cada uno su identidad sexual primera, profunda, determinada y determinante; los elementos del otro sexo que puedan aparecer tienen que ser accidentales, superficiales o, incluso simplemente ilusorios”.

El análisis genealógico contribuye, en consecuencia, a poner en cuestión aquellas investigaciones, realizadas por algunas feministas, que parten de la existencia de una especie de esencia femenina originaria que ha sido negada o recubierta históricamente por toda una serie de procesos, esencia que habría que reconquistar y que se manifestaría a través, por ejemplo, de una forma distinta de escritura, de arte, de cultura.

Por otra parte la deconstrucción foucaultiana de la moderna “racionalidad” occidental cuando estudió la historia de la locura, sirvió también para impulsar los trabajos destinados a conocer a través de que tácticas se otorgó históricamente a las

mujeres un singular estatuto en virtud del cual se trata de encerrarlas en una identidad construida en la que priman las emociones y los sentimientos, una identidad que tiende a conferir a las mujeres un pensamiento en el que los elementos sentimentales y los valores particularistas se confunden con lo "irracional". Pero además los análisis foucaultianos, en la medida en que ponen de relieve el sesgo de esa racionalidad moderna, -construida especialmente por hombres blancos, occidentales, ilustrados-, convergen con los trabajos de una serie de feministas destinados a cuestionar las sesgadas funciones del pensamiento occidental, de la ciencia moderna, y a poner en cuestión las racionalidades instituidas. Existen ya bastantes trabajos en esta dirección, que suponen una ruptura radical con los enfoques convencionales de la filosofía y de la sociología de la ciencia, al plantear los límites ligados a un determinado tipo de lenguaje y a sus relaciones con un tipo reconocido de conocimiento en el que se utilizan predominantemente categorías binarias y se opta por la reificación de las diferencias sexuales. Son trabajos destinados a dismantelar y deconstruir las estructuras de poder/saber arraigadas en la cultura occidental moderna que muestran que las formas dominantes del pensamiento científico no son solamente androcéntricas, sino que en sus modos de definir los objetos de estudio, de diseñar los experimentos y de construir los significados, son también racistas y clasistas y están, por tanto, sesgadas. Estos trabajos muestran asimismo como las categorías de pensamiento modernas están construidas a partir de procesos que suponen la ocultación de las relaciones de poder, las luchas, oposiciones y resistencias de grupos heterogéneos y heterodoxos, entre ellos los de las mujeres, así como la estigmatización y la desvalorización de sus saberes⁶. En la actualidad el reto con el que se enfrentan este tipo de trabajos es ir más allá de un análisis de los códigos científicos entendidos como binarios y androcéntricos, es superar las nociones de represión e ideología, para estudiar en detalle los procesos y funciones contradictorias de los modelos científicos, así como las posibles alternativas a una ciencia "interesada" y, por tanto, a una determinada visión del mundo, a determinadas formas de dominación vehiculadas a través de las categorías científicas. Y, si se aceptan los principios de la genealogía para llevar a cabo este trabajo, no se trataría tanto de

⁶Existen algunos estudios ya clásicos como por ejemplo los de Ruth Bleier: *Feminist Approaches to Science*. Pergamon Press, Nueva York, 1986; Sandra Harding: *The Science. Question in Feminism*. Cornell University Press, Ithaca, 1986; Sandra Harding: *Feminism and Methodology*. Indiana University Press, Bloomington, 1987; Evelyn Fox Keller: *Reflections on Gender and Science*. Yale University Press, New Haven, 1985; Carolyn Merchant: *The Death of Nature: Women, Ecology and The Scientific Revolution*. Harper and Row, Nueva York, 1980.

considerar en bloque a la ciencia occidental como un saber ideológico, cuanto de investigar cómo se constituyen las políticas de la verdad, los diferentes regímenes de verdad, y qué relaciones existen entre estos saberes específicos y las estructuras de poder dominantes en cada momento histórico y en cada sociedad.

Por último, al establecer toda una serie de relaciones entre poderes, saberes y formas de subjetividad sexuada, al no considerar la sexualidad como un efecto secundario o represivo del ejercicio del poder sino como un dispositivo históricamente construido, Foucault rompe con el grueso de las teorías de liberación sexual vigentes a finales de los años sesenta y durante los setenta, abriendo la vía a análisis específicos sobre cómo se construyen en Occidente las subjetividades sexuadas. Se plantea así la necesidad de que algunos trabajos radicales, realizados por feministas lesbianas, vayan más allá de ciertos parámetros de liberación entendidos casi exclusivamente en términos de transgresión de las normas establecidas⁷.

3.- Hacia una nueva ética

En sus últimas investigaciones Foucault planteó la necesidad de construir una nueva ética que sirva para rechazar cualquier forma de poder totalitario, una ética alejada tanto de una fundamentación religiosa o jurídica como del supuesto conocimiento científico referido al sujeto (el de las ciencias humanas y más concretamente el de los saberes psicológicos). Tanto la religión como la ley han perdido, a su juicio, su valor para fundamentar prácticas éticas y el conocimiento científico referido al yo, al sujeto, estaría también a punto de agotarse. Aboga por la construcción de una ética y una estética de la existencia que abarcaría la vida cotidiana y que implicaría una forma de ver el mundo, de actuar, de relacionarse con los demás, y también con uno mismo, en la que se darían la mano las prácticas de libertad y de solidaridad. En esta dirección confluye también con numerosas feministas interesadas en la búsqueda de nuevas prácticas y valores éticos en los que los principios y las acciones se correspondan realmente y en los que se supere el individualismo burgués.

⁷Vid. Jeffrey Weeks: *Sexuality and its Discontents: Meaning, Myths and Modern Sexualities*. Routledge, Londres, 1985, y R. Connell: *Which Way is Up: Essays on Class, Sex and Culture*. George Allen and Unwin, Londres, 1983.

Para Foucault esta ética encontraría sus condiciones de desarrollo en las transformaciones que han tenido lugar en estos últimos veinte años en un determinado número de áreas así como en la preocupación centrada en encontrar nuevas vías de resistencia a las formas de ser y de pensar actuales, a las relaciones con la autoridad, a las relaciones entre los sexos y a las formas en las que se percibe la locura, la enfermedad y otros tipos de desviación o de marginación. Plantea por tanto la necesidad de una ética fundada en el individuo pero no individualista. Precisamente en relación con la cuestión de la ética escribió Foucault sus dos últimos tomos de la *Historia de la sexualidad* (*L'usage des plaisirs* y *Le souci de soi*). En ambos se pregunta por las razones que han conducido a la filosofía occidental a privilegiar el conocimiento de uno mismo frente al cuidado y la preocupación de uno mismo, y como esto ha afectado a las prácticas de la subjetividad y a la ética.

Frente a la Antigüedad esta preocupación y cuidado de uno mismo ha pasado a tener con el cristianismo una connotación negativa al inclinarse hacia el egoísmo, adoptando a través de esta operación la forma cristiana de la renuncia a uno mismo como condición necesaria para la salvación, una renuncia que tantas repercusiones ha tenido en otros ámbitos. Como el propio Foucault señaló la forma cristiana de renuncia a uno mismo se justifica en función de la dedicación a los demás, una dedicación que en éticas secularizadas conducirá a ocuparse de la colectividad, del bienestar del pueblo, etc.

El cartesianismo reforzó también la necesidad del conocimiento de uno mismo como vía de acceso a la verdad por lo que el conocimiento verdadero pasó a estar ligado a una cierta espiritualidad, a una cierta ascesis que también supone toda una serie de renunciaciones. No se puede acceder a la verdad si no es a través de una cierta transformación de uno mismo, de una conversión. En la época moderna sin embargo se produce un cambio importante al romperse la relación entre el acceso a la verdad y la exigencia de una transformación del sujeto de conocimiento pese a que huellas de esa exigencia siguen existiendo en Spinoza, Kant, Hegel, en el psicoanálisis, o en el marxismo.

En la Antigüedad la preocupación por uno mismo y por acceder a la verdad estaban ligadas a un problema político, a un problema de gobierno ya que el gobierno de uno mismo y el acceso a la verdad eran indispensables para poder gobernar a los otros, para poder dirigir la ciudad. El conocimiento de uno mismo es en Platón sólo un aspecto del imperativo principal del cuidado y la preocupación por uno mismo. Fue el neo-platonismo quien invirtió los términos e hizo pasar el “conóce-

te a ti mismo” a un primer plano. Este proceso tuvo enormes repercusiones ya que, poco a poco, la preocupación por uno mismo se autonomizó, perdió su relación con la preocupación por los otros así como sus dimensiones políticas, e hizo que la preocupación por uno mismo encontrase sentido en sí misma convirtiéndose en una especie de autofinalidad. Y fue precisamente en este contexto en el que cobró sentido la pregunta “qué hacer para que el ser se convierta en lo que debe ser”, una pregunta que dio lugar a un verdadero desarrollo de la cultura de uno mismo en la que se inscribe la historia de la subjetividad, la historia de la relación entre sujeto y verdad que hace que el conocimiento, al igual que la ética, radique cada vez más en nuestro interior y no en las relaciones con los demás.

Para Foucault la vuelta a una ética y a una estética de uno mismo está, en consecuencia, en contradicción con la renuncia ascético-cristiana a uno mismo, así como en oposición a la ética y la estética del narcisismo y conecta por el contrario con toda una corriente dispersa que intenta recurrentemente la reconstrucción de una nueva ética y una nueva estética de la existencia (entre cuyos representantes estarían Montaigne, Baudelaire, Schopenhauer, Nietzsche, y otros), y que nunca terminó de cuajar, de materializarse. En este sentido percibe una serie de dificultades para que esta nueva ética se constituya al mismo tiempo que piensa que es una de las tareas más urgentes, más fundamentales y políticamente indispensables si se quiere resistir a las formas de dominación actualmente vigentes.

TERCERA PARTE

LAS LÍNEAS DE UN DEBATE

Paso ahora a examinar algunas de las numerosas críticas que las feministas han planteado a la obra de Foucault. La mayoría toman fundamentalmente como referencia *Vigilar y castigar* y también la *Historia de la sexualidad*. Bartky en su “Foucault, feminity and the modernisation of patriarchal power”⁸, afirma que Foucault no confiere suficiente atención a las cuestiones de género cuando trata de las técnicas disciplinarias. Esto explica que escriba del cuerpo como si se tratase de un género indiferenciado, neutro, por lo que no estudia cómo dichas tecnologías

⁸En Diamond I. y Quinby L. (eds.): *Feminism and Foucault: Reflections on Resistance*. Northeastern University Press, Boston 1988.

operan de forma distinta cuando se dirigen a los hombres y a las mujeres. La ausencia de la perspectiva de género le impide explicar la naturaleza de los comportamientos diferenciales en la sociedad actual. Bartky estudia no obstante, utilizando en parte, conceptos elaborados por Foucault, como el cuerpo femenino es regulado y controlado a través de prácticas y discursos específicos, a través de lo que ella denomina el “régimen disciplinario de la feminidad”. Bartky, a su vez, ha recibido críticas al considerar que reduce el complejo modo en que es construida la identidad femenina a una larga historia de la represión de las mujeres lo que significaría condensar sus experiencias y deseos en una especie de falsa conciencia o en la ausencia de reconocimiento social.

Este supuesto silencio y ceguera de Foucault en lo que se refiere a las formas específicas de subjetivación femeninas también es señalado por otras autoras. Y así Patricia O’Brien, en *The Promise of Punishment: Prisons in Nineteenth Century France*⁹, señala que ésta es una de las causas fundamentales por la que Foucault no analizó cómo difieren los tratamientos penitenciarios en hombres y mujeres, tratamientos que, a su parecer, están en relación con las construcciones dominantes de la masculinidad y la feminidad occidentales. O’Brien señala como las clasificaciones y los tratamientos de las mujeres criminales reenvían a una supuesta sexualidad femenina considerada regresiva y patológica. Otro de los aspectos importantes que, en su opinión, debía de haber desarrollado Foucault con más detenimiento es cómo afecta históricamente a la construcción del cuerpo femenino la generalización de las tecnologías militares. En este sentido observa que la noción de ciudadano es una continuidad, en muchos aspectos, de la de soldado. Nancy Fraser también se detiene en este aspecto en *Unruly Practices: Power, Discourse and Gender in Contemporary Social Theory*¹⁰. Riley sin embargo piensa que los trabajos sobre la identidad femenina no deben de centrarse exclusivamente en las técnicas disciplinarias que han actuado sobre el cuerpo de las mujeres ya que éstas están conexas con las que regulan el cuerpo masculino y con procesos sociales de carácter más amplio¹¹.

⁹Vid. Patricia O’Brien, en: *The Promise of Punishment: Prisons in Nineteenth Century France*. Princeton University Press, Princeton, 1982.

¹⁰Vid. Nancy Fraser: *Unruly Practices: Power, Discourse and Gender in Contemporary Social Theory*. Polity Press, Cambridge, 1989.

¹¹Véase Riley D.: *Am I that Name?. Feminism and the Category of Women in History*. Macmillan, Londres, 1988.

El debate actual sobre la violación ha conducido también a críticas centradas en este caso en la *Historia de la sexualidad*. Por ejemplo, al subrayar Foucault como el poder disciplinario y el biopoder funcionan predominantemente a través de la norma tiende a desplazar y minusvalorar otras formas de poder, concretamente el de la ley. Para algunas feministas no relacionar la conducta sexual con la penalidad supone olvidar el importante papel que sigue jugando la ley en la asimétrica construcción de las identidades sexuales¹². Algunas feministas están sin embargo de acuerdo con la estrategia de Foucault de “dessexualizar” la sexualidad, de dessexualizar la violación como una forma productiva de resistencia, lo que implica insistir en la importancia de la violación en tanto que violencia ligada más al poder que al sexo.

Estas críticas, como estamos viendo, son críticas de carácter puntual. Más pertinentes parecen las críticas que algunas feministas plantean a cuestiones más de fondo como, por ejemplo, a la dificultad de aplicar la teoría del poder foucaultiana en la medida en que es una teoría elaborada progresivamente y muy compleja. No obstante, el interés de investigadores e investigadoras que tratan problemas relativos a las mujeres por los análisis genealógicos ha conocido un importante crecimiento en estos últimos diez años. Aún es pronto para hacer un balance o si se prefiere una evaluación de los resultados que se han derivado del debate entre los trabajos feministas y la obra de Michel Foucault. Todo parece indicar que ese debate continuará y que sus resultados serán fructíferos¹³.

No quisiera terminar mi intervención sin plantear, muy brevemente, algunas urgencias de carácter epistemológico y metodológico, que se derivan de los trabajos genealógicos y de las contribuciones feministas realizadas en esa perspectiva, con la esperanza de que puedan ser útiles para futuras investigaciones:

1. La necesidad de seguir realizando trabajos de sociología histórica con sólidas bases empíricas, que no sean ni demasiado generales, ni demasiado particula-

¹²Vid. por ejemplo, De Lauretis: T, *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film and Fiction*. Macmillan, Londres, 1987.

¹³Para conocer más en detalle tanto las discusiones de las feministas respecto a la obra de Foucault así como los numerosos trabajos específicos existentes en la actualidad siguiendo la metodología genealógica véase: McNay, L.: *Foucault and Feminism*. Polity Press, Cambridge, 1992; Diamond, I. y Quinby, L.: *Feminism and Foucault*. Northeastern University Press, Boston, 1988.

res, y que estén regidos por una vigilancia epistemológica así como por el cuestionamiento de las categorías establecidas, de las categorías convencionales. En este sentido se podría incluso plantear si no se debería cuestionar la propia categoría de género como algo dado. En todo caso ya no es posible seguir hablando ni de “la mujer”, ni de las mujeres en general, sino que es necesario analizar la forma específica que adopta la construcción social de diferentes “identidades femeninas” en cada momento histórico y en cada sociedad. Es preciso igualmente no partir de categorías tan socialmente marcadas como lo público y lo privado, lo político y lo personal como si tales dimensiones fuesen regiones naturales.

2. La necesidad de realizar trabajos comparativos lo que significaría rastrear las interrelaciones que se producen en cada momento histórico entre los diferentes espacios sociales. Se podrían así solventar muchos de los debates actuales que afectan a numerosos trabajos de feministas, excesivamente centrados en el estudio de diferentes prácticas y saberes de mujeres concretas, y cuyas conclusiones se pretenden de aplicación universal (trabajos sobre las mujeres nobles, las mujeres trabajadoras, las mujeres burguesas, etc.) En este sentido no se puede evacuar *a priori* el concepto de clase social por muchos problemas que su operativización implique actualmente. Es preciso analizar las relaciones de fuerza que atraviesan el espacio social, que existen entre unos estratos sociales y otros y que, por supuesto, afectan también a las mujeres. El estudio de estos conflictos permitiría ir más allá de una concepción transclasista según la cual existiría un espacio social femenino, neutro, positivo, igual para todas las mujeres, enfrentado a un espacio social masculino caracterizado por la opresión y la violencia sobre las mujeres.

3. Y, en fin, la necesidad de conferir una especial atención a las mediaciones, a los procesos intermedios, lo cual implica la elaboración de toda una serie de conceptos y de categorías de pensamiento nuevas, así como su inserción en procesos sociales más generales.

Inscripción histórica de los problemas; sensibilidad para detectar los intereses en juego en función de la estratificación social; en fin, trabajo sobre las categorías e instrumentos de conocimiento así como una constante vigilancia en relación con los estereotipos más difundidos e ideas recibidas. Tales son algunas de las líneas epistemológicas y metodológicas que se derivan de los trabajos genealógicos y que nos pueden ayudar y estimular para seguir trabajando.

BIBLIOGRAFÍA

- Bleier, R. (1986): *Feminist Approaches to Science*. Pergamon Press, Nueva York.
- Connell, R. (1983): *Which Way is Up: Essays on Class, Sex and Culture*. George Allen and Unwin, Londres.
- De Lauretis, T. (1987): *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film and Fiction*. Macmillan, Londres.
- Diamond, I. y Quinby, L. (1988): *Feminism and Foucault*. Northeastern University Press, Boston.
- Diamond, I. y Quinby, L. (eds.), (1988): *Feminism and Foucault: Reflections on Resistance*. Northeastern University Press, Boston.
- Foucault, M. (1986): *Por qué hay que estudiar el poder: la cuestión del sujeto*, en: MATERIALES DE SOCIOLOGIA CRITICA. La Piqueta, Madrid. pgn. 36.
- Fraser, N. (1989): *Unruly Practices: Power, Discourse and Gender in Contemporary Social Theory*. Polity Press, Cambridge.
- Harding, S. (1986): *The Science. Question in Feminism*. Cornell University Press, Ithaca.
- Harding, S. (1987): *Feminism and Metodology*. Indiana University Press, Bloomington.
- Leclerc, A. (1987): *Parole de femme*, en: Moi, T. (Ed): *French Feminist Thought: A Reader*. Basil Blackwell, Oxford.
- Mahood, L. (1990): *The Magdalenes. Prostitution in the Nineteenth Century*. Routledge, Londres- Nueva York.
- McNay, L. (1992): *Foucault and Feminism*. Polity Press, Cambridge.
- Merchant, C. (1980): *The Death of Nature: Women, Ecology and The Scientific Revolution*. Harper and Row, Nueva York.
- O'Brien, P. (1982): *The Promise of Punishment: Prisons in Nineteenth Century France*. Princeton University Press, Princeton.
- Riley, D. (1988): *Am I that Name?. Feminism and the Category of Women in History*. Macmillan, Londres.
- Walkowitz, J. R. (1980): *Prostitution and Victorian Society. Women, Class, and the State*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Weeks, J. (1985): *Sexuality and its Discontents: Meaning. Myths and Modern Sexualities*. Routledge, Londres.
- Fox Keller, E. (1985): *Reflections on Gender and Science*. Yale University Press, New Haven.